

ECOLOGÍAS DE LA BULLA

Con un proceso de relaciones materiales que denominaremos *ecologías de la bulla*, Ariadna Parreu nos pregunta qué tipo de naturalezas estamos produciendo. Mientras ella trabaja en el Glosario que acompaña su muestra *Boca Bola*, me pregunto qué debe de estar buscando, cómo lo está buscando y cómo lo hará para saber si lo ha encontrado. Sin embargo, sé muy bien que Ariadna no cree en el imperativo de la forma ni en las categorías herméticas del conocimiento duro y encapsulado. Ella es amante de los amasijos de la materia oscura, salada, combustible y espectral. Algo me dice que su ecología de la bulla es un albedrío, una fuga de hilos invisibles como los que invocó la artista y escritora chilena Marianne Hoffmeister a propósito de la empatía radical cuando aseguró, sin ambages, que la carne de este mundo es fantasmal, que vivimos atrapadas en un tejido de mundos invisibles y materiales: “La nuestra es una existencia corporal, pero existen tantas dimensiones que se expanden más allá de nuestros sentidos que acaban muy lejos de lo que consideramos nuestro cuerpo y nuestra mente perceptiva.”¹ En este sentido, *Boca Bola* sería una ecología oscura y fantasmal, una radicalidad empática que rehúye los misterios cripticos de un mundo sobrenatural para invocar las vivas invisibilidades arraigadas de nuestro presente situado.

A este presente donde arraiga todo lo que no vemos a simple vista, el filósofo y escritor inglés Timothy Morton lo denominó *la malla*, en inglés *the mesh*.² Un amasijo en el que todos los seres vivos y no vivos están conectados entre sí y nada existiría por sí mismo. Su pensamiento ecológico es una expresión irónica de la incertidumbre, un entorno no muy alejado del que presenta Ariadna Parreu en su naturaleza sintética, construida. Fuera la culpa y la pantalla estética. En *Boca Bola*, la naturaleza ha perdido la calidad irreductible de estar siempre en otro lugar, apartada del espacio humano que nos gusta considerar exclusivamente humano, y que resulta con frecuencia otra cosa. La ecología oscura de la bulla no es únicamente una idea, sino un espacio urbanizado que es al mismo tiempo filosófico, mental y social. Una mitología de sotobosque, de cielo rojizo y amantes del gas. La mirada del deseo y la alteridad. Un refrito de *Eros y Psique* de Canova. Presenta ramificaciones y especulaciones materiales sobre qué mallas reproducen y/o sustentan las formas de vida y muerte del universo que nos conecta. El plástico, la materia prima y la materia extruida. También los minerales y los metales. La mejora y el progreso. Válvula de motor de goma.

Boca Bola no solo desmitifica la ecología como una voluntad de poder humana que se encontraría por debajo de la falsa apariencia de la agencia no humana, sino que plantea formulaciones afirmativas, posi-

tivas y alternativas, incluso utópicas, a las herencias epistémicas y taxonómicas del quebrantado mundo de la modernidad. No existe escisión ontológica ni diferencia entre el Ser-planta y el Ser-objeto. Tampoco entre naturaleza y cultura, o entre boca y bola. De hecho, las investigadoras de la oscuridad nos han explicado que, a finales de los años noventa del siglo pasado, y también a principios del nuestro, lo que conciamos como realidad entró en un acelerador de partículas dirigido por máquinas cibernéticas, empresas transnacionales y agentes financieros, lo que generó una serie de cortes, flujos, ondas asociadas, objetos parciales, vectores convergentes y líneas disociativas que han desterritorializado el pensamiento, como vector de la materia, hacia un espacio-tiempo —lo que consideramos real— extraño y casi escalofriante. En diálogo con este contexto, las investigadoras de la oscuridad crearon una prótesis cognitiva y perceptiva denominada *materialismo gótico* desde donde sería posible rastrear el flujo viscoso de aquella nueva realidad que no hacía más que subrayar y manifestar que la lógica de las categorías emparejadas del cuadro aristotélico de la modernidad vertían el límite de toda realidad sensible para entrar en la zona que el crítico cultural inglés Mark Fisher denominó *flatline* gótica: “un plano en el que ya no es posible diferenciar lo animado de lo inanimado y en el que tener agencia no implica necesariamente estar vivo.”³

El concepto de *flatline* (línea plana, en adelante) tiene por lo menos un doble sentido. En primer lugar, señala una terminología vernacular para la lectura del electroencefalograma (EEG) que indica la muerte cerebral; una representación, en monitores digitales, de la no actividad. Sin embargo, desde la óptica del materialismo gótico, el constructo de la línea plana estaría allí donde todo sucede, en el Otherside, detrás del más allá de las pantallas (de la subjetividad): “la línea del Afuera (*line Outside* en inglés) no delinea una línea de muerte, sino un continuo que envuelve —pero finalmente va más allá de— la muerte y la vida. La línea plana gótica es neutra, los sujetos y los agentes, tanto humanos como no humanos, alisan, se ponen en suspensión respecto a la vida y la muerte.”⁴ La ecología de la bulla también sería materialista y gótica. Aunque la intuición nos dice que el artista ha sometido a cargas verticales la línea plana de la cibernética para suspender las formas de vida y muerte que conectan a nuestro universo en la curva diferenciable, como una catenaria de plomo o una densidad cavernosa. Sobre los hilos pesados de la materia espectral, reposan los ojillos volados de la petroquímica. Ataúdes y sarcófagos. La mortificación de la materia. A la transmutación de esta catenaria de plomo Ariadna Parreu la denomina “bombardeo atómico”, y nos proporciona el oro, que es el primer elemento que se encuentra en la exposición *Boca Bola*. Llama dorada. Sexualidad y alimentación, extraña lógica de la turbulencia. Un abrazo a 500 grados, constreñir y explotar así la boca.

Lo primero que me explicó la artista sobre su muestra escultórica fue que ambas palabras coinciden en su raíz etimológica: boca y bola. El bulto y la cavidad. Allí donde se anula la forma. Materia-antimateria, partícula-antipartícula. Dos polos en contacto friccionan. Por contacto se enciende la bulla: bullicio o alboroto, escándalo y desorden. La confusión, el jaleo, la juerga, la algarabía. Rumor, ruido, batiburrillo y griterío. La materia que informa. Respuesta a la “materia sorda” que la teórica y filósofa política estadounidense Jane Bennet reflejó en su ensayo sobre la ecología política de las cosas para hablarnos del hábito de leer el mundo a partir de un reparto de lo sensible que consiste en una división entre ‘esto’ (las cosas) y la ‘vida vibrante’ (nosotros, los seres). La reivindicación de la vitalidad de la materia en los estudios de Bennet pone de manifiesto “la capacidad de las cosas —comestibles, mercancías, tormentas, metales— no solo para obstaculizar o bloquear la voluntad y los designios de los humanos, sino también para actuar como cuasi agentes o fuerzas con sus propias trayectorias, inclinaciones o tendencias”. La sospecha de que “la imagen de una materia muerta o completamente instrumentalizada alimenta la soberbia humana y esas fantasías nuestras de conquista y consumo que están destruyendo la Tierra. Esa imagen nos impide reconocer (ver, escuchar, oler, saborear, sentir) una gama más amplia de los poderes no-humanos que circulan alrededor y al interior de los cuerpos humanos.”⁵

boca bola: el anverso-reverso, no existe ni el aquí dentro, ni el allá fuera. “Los procesos o entidades que no podemos percibir con nuestros sentidos o que escapan a nuestra temporalidad son espectrales pero inevitablemente materiales porque conforman nuestra situación en este mundo.”⁶ En este sentido, fue Marianne Hoffmeister quien señaló que, en el fondo, los límites siempre han sido desdibujados y las identidades difusas. La bulla de boca bola lanza la pregunta sobre qué pasaría si dejásemos de considerar lo que tenemos delante como si fuesen residuos de la sociedad de consumo, desperdicios, para relacionarnos con ellos como si fuesen una cantidad ingente de materia vibrante potencialmente peligrosa: “¿Cómo cambiarían nuestros patrones de consumo si nuestra basura dejase de estar lejos de casa, apartada de nuestra vida, yuviésemos que convivir con las corrientes dinámicas de sustancias químicas y gases volátiles de metano?”⁷

Plásticos, tóxicos, incluso desechos difícilmente reciclables como las pantallas de ordenadores (con tan poca energía verde) conforman aquí un cuerpoasmático, de color blanco. Dice Ariadna Parreu que “el etileno lo producimos nosotros con nuestra propia respiración y es el causante de la putrefacción «natural» de la fruta. El propileno, en cambio, es sintético, aunque también ha sido hallado en unos lagos subterráneos bastante flipantes.”⁸ El plomo en la primera sala de exposición, la negra. El cobre en la tercera, la

roja. En las tres salas, distintos estados imbricados de la transformación de la materia. Todas tienen algo de autorretrato, acción y conciencia. Pensándolo bien, no hay tanta diferencia entre conciencia y acción. Ambas implican siempre una especie de autorreflexividad. La conciencia puede entenderse como un *quantum*, un grado cero de la acción. En consecuencia, pensar *en* o sobre alguno ya sería intervenir en su realidad, al mismo tiempo que esta realidad podría transformar el pensamiento inicial por su agencialidad matérica.

Nuestra realidad aglutina varias escalas temporales y conforma un patrón rítmico donde se deshace, superpone y desdibuja una diversidad de centelleos de luz que eluden una imagen cohesiva y singular. Un movimiento planar parecido al comportamiento que describe Parreu sobre el vidrio líquido en estado candente, cuando se muere por enfriarse: “Puesto entre vidrios para contener un estado, un entre medio difícil de contener, como lo tan bastamente sólido que son las ideas”. Me viene a la cabeza el acelerador de partículas de los años noventa y los procesos de desterritorialización del pensamiento y la materia. Pienso, entonces, también, en lo que decía Timothy Morton sobre cómo el arte puede ser una buena táctica de ocupación sociomaterial, porque, en lugar de sostener una pancarta sobre las instalaciones petroquímicas de la ciudad, por ejemplo, puede construir un muro deshilado de acción ecológica. Desplegar relaciones y procesos más similares a la táctica anarquista de ocupar el espacio social y los amasijos de la materia, siempre a favor de los fantasmas.

*Des de l'abisme que no veiem,
la fosca ens mira.*⁹

Núria Gómez Gabriel

1. Hoffmeister, M. (2020). *The Ghostly Ecologies*. Pimoi Cthulhu Tentacular Writing Residency This is Jackalope x Institute for Postnatural Studies Marianne Offmeister. Issue 03. This is Jackalope, p. 111-121.

2. Morton, T. (2019). *Ecología oscura. Sobre la coexistencia futura*. Barcelona: Paidós.

3. Fisher, M. (2022). *Constructos Flatline. Materialismo gótico y la teoría-ficción cibernética*. Buenos Aires: Caja Negra, p. 35.

4. Jorge, J.; Zalazar, B. (comp.) (2022). *Pulsiones materiales*. Buenos Aires: Teseo. <https://www.tesetopress.com> [fecha de consulta: 4 de mayo de 2024]. Ebook disponible en la URL <https://tesetopress.com/pulsionesmateriales>.

5. Bennet, J. (2022). *Materia vibrante. Una ecología política de las cosas*. Buenos Aires: Caja Negra, p. 10-15.

6. Hoffmeister, M. (2020). *Op. cit.*, p. 111-121.

7. Bennet, J. (2022). *Op. cit.*, p. 9.

8. Comunicación personal con la artista. 22 de abril de 2024. Las citas de este párrafo son fragmentos de la primera versión del Glosario de materiales que Ariadna Parreu nos envió juntamente con Sergio Ibáñez por correo electrónico. La entrada referenciada en el Glosario es la que ella dedica al plomo.

9. “Desde el abismo que no vemos / la oscuridad nos mira.” Reflexión que la poeta catalana María Sevilla me dedicó al firmarme un ejemplar de su poemario *La nit ovipara* (2024) al compartir mesa el pasado 23 de abril a lo largo de las jornadas de firmas de libros en la cooperativa Crisi Espai de Pensament de Barcelona.